



DOÑA FRANCISCA LA CAUTIVA

SEGUNDA PARTE.

Sagrada Virgen Maria,
Hija de Joaquín, y Ana,
oy, Señora, necesito,
que me ayudes con tu gracia,
porque mi turbada pluma
dé fioquito á esta plana.
Ya dije, como quedó
en consulta esta cañalla:
pero todos convinieron
de que muriese quemada.
Mandó el Renegado al punto,
que en medio de la Real Plaza
encendiesen una hoguera
con presteza, y vigilancia.
Lo qual breve executaron
lo que su amo les manda,
Dexemos en su alboroto
á estos Barbaros piratas,
y vamos á la Cautiva,

que entre prisiones estaba
mirando á sus hijos. dice:
Ay, hijos de mis entrañas!
sino os hubiera parido
mi pena no fuera tanta.
Y á vos Aurora impecable,
Maria llena de gracia,
estos hijos te encomiendo,
que ya sin Madre se hallan.
Los Infantes se enternecen,
y amargamente lloraban,
y á su madre le decian:
Madre mia de mi alma,
no desconfies, Señora,
que la Virgen nos ampara.
Y postrada de rodillas,
puesta en oracion estaba
hechos dos mares sus ojos
las fuertes prisiones baña,

le dió relacion de todo,
diciendole lo que pasa:
Señor la Virgen del Carmen
se los llevó en su compañía,
y al niño que usted mató,
de nuevo vida le daba.
A el oír estas razones
se encendió en colera, y zaña,
y alzando cruel la mano
le pegó tal bofetada,
que la derribó en el suelo
sin sentido, y desmayada;
luego que volvió por sí,
afligida se levanta,
diciendole: gran Señor,
dime porqué me maltratas?
No preguntas por mis hijos,
y te he dicho lo que pasa?
Segunda vez le reñite,
diciendo: calla, maivada,
que pues no has hecho caso,
de mi serás castigada,
de la M zmorra se sale,
y recias voces gritaba:
acudid criados míos,
pues ya tenéis puerta franca,
esto no tiene remedio:
quitadla ya de mi casa.
porque es cosa que me irrita
moger tao desesperada,
pues no le teme á la muerte:
Ea al castigo llevadla.
A el oír estas razones
á la M zmorra b xaban,
como unos Léones si ros
su ropa la desentaban,
y dándole resios golpes
á la vergüenza la sacan,
pero ella mas encendida
la Santa Ley predicaba
de mi Señor J su-Christo,
Redentor de nuestras almas.
Llegaron al sitio donde
el incendio le aguardaba,
y cruques la arrojaron

entre las voraces llamas,
Apenas hubo caído,
el fuego activo se apaga:
perdió sus si muer-tos lucos
sin que al pelo le agraviaran.
Mas viendo, que queda viva,
aquel alevoso manda,
que de la trenza del pelo
de una rexa la colgaran.
al instante lo executan
lentos de furor, y saña.
De una rexa la colgaron,
y en ella se la dexaban,
á donde estuvo tres dias
predicando en voces altas
de Dios sus Sacros Misterios,
y de la Iglesia Romana.
Mas viendo, que no moria,
anda ideando mil trazas
por donde poder quitar
la vida á aquesta Christiana.
Mandó traxesen dos potros,
y á sus colas le amarraron,
y por las calles la saquen
hasta que pedazos la hagan,
y por si acaso no muere,
que la maten á pedradas.
Obedecen el mandato,
aunque de muy mala gana,
que ya algunos de los Turcos
solo de borta lloraban:
Y en fin, traxeron los Potros,
y por las calles la sacan.
Los animales feroces
humildes se arrodillaban
y entre tan grande tumulto
todos á tirarle amagan,
mas quando á tirarle iban,
inmoviles se quedaban,
y entre tanta confusion
volvieron á la Christiana
á casa del Renegado
diciendole lo que pasa.
El Renegado se admira,
un golpe el corazon daba;

y acabada la oracion
de aquesta suerte not. b.:
Vos, ó Celestial P. inocesa:
que sois la luz de la gracia,
Fuente hermosa de piedadés,
que misericordia minas,
intercede con tu Hijo,
se adolezca de mi alma,
que perdone mis culpas,
ya conozco que son tantas,
que las arenas del mar
serán poco al numerarlas,
pero tu Misericordia
jamás á nadie le falta.
Y dichas estas razones,
la Mazmorra se llenaba
de un resplandor Celestial,
á los niños se arrimaba,
quebrantando las prisiones,
sueitos los dos se quedaban,
y acia su madre se arriman,
con aleguñas palabras
le decian: Madre mia,
conoces á quien te habla?
Quedò la Christiana entoces
del caso maravillada,
y postrada de rodillas,
así ha dicho en voces altas:
Dim: , quien eres, Señora,
que tanta alegría causas?
Yo soy la Virgen del Carmen,
devota mia, levanta,
que vengo por tus tres hijos,
para quando á Roma vayas:
Ves aquí al I. fante bueno,
todas sus heridas sanas.
En los brazos se lo pone,
el pecho luego destapa,
y dandole el alimento,
de puro gozo lloraba.
Mir. bale á su c. b. za,
y viendo que estaba sana,
como viò tan gran prodigio
llena de alegría estraña
á la Reyna de los Cielos

de aquesta suerte le habla:
De donde á mi tanto bien,
siendo yo tu indigna esclava?
Quando, merecí, Señora,
que esta visita se me haga?
Y le respondió la Virgen
aquestas dulces pa. abras:
Mija, tu gran devocion
me hizo á mi de que baxara
desde el Cielo hasta la tierra,
que amor con amor se paga.
Has de saber, que este hombre,
que tanto á ti te maltrata
era muy devoto mio,
y no quiero, que su alma
se pierda, y de su rescato
tu sola has de ser la causa.
Con esto se despidieron
con amorosas palabras;
muy alegres los infantes
con su madre se abrazaban,
quedate en paz, y no temas
el castigo, que te aguarda,
que has de salir con victoria,
libre, sin dolencia, y sana,
y así predica la Fe
de nuestra Iglesia Romana.
Remontose y tomó vuelo
aquella preciosa Gr. za,
la mas candida Azucena,
llevandose en su compañia
los tres hermosos infantes,
y dexado á la Christiana
fortalecida de suerte,
que ya no le teme á nada,
solo desea el morir
por defender la Ley Santa.
Preveido ya el martyrio
el vil Renegado baxa,
y así que la vido sola
con descompuestas palabras
dice; á donde están tus hijos?
Dónde se han ido malvada?
Infante no me respondes?
Pero la noble Christiana

y conociendo sus yerros, arrepentido lloraba, diciendo: Divina Aurora del Carmen virgen Sagrada, si de aqui salgo, con bicor yo te empeño mi palabra de hacer vida penitente en una aspera montaña. Y una noche de secreto en una nave se embarcamos dos con quarenta Turcos que á voces piden el agua del Bautismo porque quieren morir en la Ley de gracia y ochenta y siete Christianos traxeron de retaguardia. Les fué el viento tan feliz que en breve tiempo llegaba á la gran Ciudad de Roma á que les absuelva el Papa

Los Turcos se christianaron rindiendole á Dios las gracias, Don Juan Alonso se fué á cumplirle la palabra, que dió á la Virgen del Carmen nuestra Madre, y Abogada, y despues Doña Francisca se fué á casa de su hermana, y en ella halló los tres hijos prendas queridas del alma. Ya dieron fin los pesares, ya las tristezas se acabaron, ya todos se regocijaron por maravillas tan altas. A la Virgen del Carmelo demostre infinitas gracias. Y ahora Pedro de Fuentes, que es el Autor de esta plaga al Auditorio suplica perdono sus muchas faltas.

FIN

En Córdoba en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria Calle de Anas.